



Arias De Cossío, Ana María, López Alonso, Covadonga: *Manuel B. Cossío a través de su correspondencia, 1879-1934*. Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos, Institución Libre de Enseñanza, Residencia de Estudiantes, 2014, 923 pp.

Del otoño de 1879 arranca esta abundantísima correspondencia entre el discípulo predilecto de Giner, Manuel Bartolomé Cossío (Haro, 1857- Collado Mediano, 1935) y su maestro, con las primeras cartas desde Italia que firmaba también el joven institucionista Germán Flórez. Cossío será después, a su vuelta del viaje de estudios y el arranque de su profesionalización, el alma de la modernización pedagógica española. Permaneció siempre más cercano que ningún otro discípulo al maestro, en una relación de estrecha intimidad que sus cartas, sobre todo al principio, exhibieron con desbordante emotividad. Enviado por Giner a esa Europa avanzada que, en cuanto a ciencia y enseñanza, fue siempre modelo para la Institución Libre de Enseñanza, el joven Cossío maduraría con aquella experiencia su proyección intelectual y estética, mientras que el maestro le aconseja. Ya en la primera etapa del camino italiano, hasta alcanzar Bolonia y el colegio de San Clemente de los Españoles, Cossío descubre que la revelación del arte, la maravilla de su experimentación, como la transmisión de esa revelación íntima a los demás, serán por siempre estímulo y razón para la deseada regeneración nacional. Arte y pedagogía, ya siempre unidas, en el imaginario y obra de Cossío. Al “descubrir” la figura de El Greco, y darlo a conocer a la crítica de arte internacional, el riojano verá cumplida esa primera vocación estética; pero quedaba aún por desplegar su acción educativa.

Muestran ese proceso cultural –con todo el componente emocional de las estrechas relaciones entre sus firmantes–, las cartas editadas por Ana María Arias de Cossío y Covadonga López Alonso que aquí comentamos, y que han reproducido con cuidado las voces bien cercanas de Ricardo Rubio, Hermenegildo Giner, Juan Uña, José Castillejo, Aniceto Sela, Domingo Barnés, Rafael María de Labra o Miguel de Unamuno, entre otros varones ilustres, incorporando entre las mujeres, en número menor, por ejemplo el gracejo de una Emilia Pardo Bazán que, cuando nace Natalia Cossío a principios de septiembre de 1894, bromea desde Meirás: “iré a conocer a esa criatura, a la cual deseo que Dios le haya dado un aire como el de Dulcinea, muchísimo marimachismo, bigote, entrecejo, unas manos como libros de coro, el genio de una fiera y las ideas más demagógicas y subversivas en cuanto a las relaciones de las dos mitades del género humano.” (p. 475). Cartas de amistad, por tanto, junto a otras de profesión y trabajo.

Y también las misivas, serias y reflexivas, de una maestra muy inteligente, Elvira Alonso, que informará con detalle y precisión sobre las instituciones que visita. No siempre halló en Europa la excelencia que busca (la que debe buscar...), introduciendo en sus relatos matices críticos que, por ejemplo, también Américo Castro trasladará al receptor de la comunicación epistolar –como bien puede verse en *Hacia la mejor España*, que ha editado recientemente Santiago López-Ríos–. Visitando es-

cuelas en París el 5 de febrero de 1907, Elvira Alonso le escribirá a Cossío: “En Geografía, que es la materia a la que tengo que prestar más atención, hasta ahora he visto poco bueno. Todo rutinario, memorista, en algunas escuelas mapas antiquísimos, de colorines, en pocas los de Vidal de la Blache. Resumiendo: he de confesar a usted que he sufrido un desencanto al ver estas escuelas; yo me figuraba que eran la última palabra de la pedagogía” (p. 559). En 25 de noviembre siguiente, desde Toulouse, reiterará la joven pensionada la misma decepción en cuanto a métodos pedagógicos, de que da cuenta en una larga carta (pp. 589-593).

Pero el esfuerzo de aprendizaje e importación de novedades estaba ahí constante, como una meta y sin desandar camino, potenciando a la vez, a poder ser, lo propio. La obra puesta en marcha por la Institución Libre de Enseñanza y la Junta para la Ampliación de Estudios, profundamente unidas y materializadas en formación de élites por la Residencia de Estudiantes, hoy ya nadie puede ponerla en duda en cuanto a su tarea de modernización cultural. Estaba construyéndose una España que arruinaría la guerra civil. Tampoco es discutible que esa ruina, por la fuerza y las armas sublevadas, sería una catástrofe tanto humana y moral como científica e intelectual.

Sin embargo Santiago Ramón y Cajal, bien poco sospechoso de autocomplacencia, había escrito algo antes, en mayo de 1932, que el español podía ya estar tranquilo, pues ya parecía asegurado el futuro científico del país: “Conservo, a pesar de todo, mi optimismo” –escribía el 17 de mayo a Ramón Menéndez Pidal, José Castillejo e Ignacio Bolívar–, “porque advierto complacido los triunfos de una nueva generación intelectual...” (Luis G. Martínez del Campo cita esta carta, del Archivo de la JAE, 120/22, en *La formación del gentleman español. Las residencias de estudiantes en España*). Añadía el premio Nobel español que, “precisamente por ser autodidacto y haber sufrido por ello un retraso cultural de muchos años, aprecio en todo su valor la obra de la Junta, consagrada a velar por el desarrollo espiritual y acertada orientación de los jóvenes talentos, que no se perderán ya, como hace treinta años, en las tinieblas de la rutina y de la insuficiencia educativa.” Un golpe de estado y una guerra cainita de tres años vendrían a impedir, antes de darse cuenta, que esos talentos prosperaran dentro de la patria.

Cierto es que a aquel momento prometedor que así tranquilizaba a Cajal no se había llegado sin cortapisas, sin retrocesos ni obstáculos, sin esforzarse en aplicar el trabajo de muchos (un esfuerzo malbaratado en ocasiones, como ocurrió con Joaquín Costa). Muchos discípulos, intelectuales y profesionales de varia orientación fueron puestos en juego, emprendiendo el acercamiento a estándares más dignos de educación y cultura para el país. Su esfuerzo fue vivido por la mayoría de aquellos jóvenes que se acercaban a Europa, como una magnífica y privilegiada oportunidad personal; pero también, y no siempre de modo secundario, como un proceso de entrega patriótica a la sociedad. De sentimientos como estos se verá impregnado el talante, alegre y siempre dispuesto a maravillarse, del joven Cossío, a quien –ya solo con abrir las páginas de esta correspondencia–, identificará el lector como un joven despierto, simpático e inteligente, de solo veintidós años, que bromea y cuenta con alegría lo que ve en su viaje, y celebra la novedad, para él, de lo que vive: “Estamos asombrados, sin saber a donde mirar” –se refiere también al compañero Germán–, pisando por primera vez en los Uffizi, el 7 de noviembre de 1979. (Pero, pocos días después, volviéndose al maestro confianzuda, y un tanto provocadoramente: “Estamos mareados de tanto ver”). A veces hasta se rebela Cossío, con firme suavidad,

frente a la constante impaciencia del maestro por la imposición de las tareas, por su urgencia en que conozcan más y más a fondo, que visiten más deprisa escuelas e instituciones de enseñanza, que resistan fuera de casa aún más tiempo con recursos escasos, y que le cuenten rápido y extenso lo visto y aprendido por, aquello que, sin pausa, merecería la pena traer a este país.

Así habrían de iniciar Germán y Manuel el estudio templado, la observación detenida de la reforma pedagógica italiana, pero siempre con el desafío del viaje de estudios como meta, el mirar desde *fuera* para *aquí* hacer, el conocer a fondo para introducir en la patria maltrecha innovaciones de interés, mejoras inmediatas: “Tal vez hay un deber en salir a ver”, escribirá Cossío en agosto de 1909, cuando ya haya absorbido y perfilado su estrategia de arte y naturaleza combinados, como forma de aprendizaje útil a la vez que herramienta de disfrute personal. Sigue en ello, es bien claro, la idea de formación de persona integral bajo consejo y tutela de Giner, dando fe material de su previa concepción del viaje como una suerte de obligación moral. Esta correspondencia se inaugura, y se sostiene, con las cuentas rendidas a Giner de todo avance y toda realización en esta empresa, en un intercambio intensamente ágil como forma de lazo personal, muy rico en informaciones de contexto. Íntimas cartas que son quizá –así lo creo yo al menos– las más interesantes del muy grueso volumen que comento, como registro que resultan ser del proceso de fusión entre lo público y lo privado, una construcción anudada y reproducida a través de biografías concretas en el tiempo.

Con toda la frescura juvenil y la intensa *devotio* hacia Giner que lo caracteriza, veremos a un Cossío recién llegado a Italia, que escribe frases o cartas enteras en italiano y en francés, a modo de aventura iniciática; le acompañaremos en sus progresos rápidos, también muy confiados, en el dominio de las dos lenguas; seguiremos después su ruta hacia Alemania, y entenderemos entonces sus quejas frente a un maestro ansioso, incontenible en su misión global, que siempre pide más rapidez y variedad a sus discípulos, en las estancias y visitas de estudio. Cossío vivía ya con familia en Berlín y, en mayo de 1909, le pediría un poco de tranquilidad al maestro, que le dejase permanecer algún tiempo más todavía allí, entre otras cosas para perfeccionar el idioma, que resultaba menos fácil que otros: “Haré lo que pueda, *dentro de mis condiciones*, y nunca será perdido para mí ni para el país. Y si solo llegase a poder leer más fácilmente el alemán que cuando salí, ya sería algo (...) No puede ser más”.

En las cartas seleccionadas del archivo familiar y de entre las depositadas en la Academia de la Historia recopiladas por las editoras, Ana Arias de Cossío y Covadonga López Alonso, se dibuja con mucha claridad el proyecto biográfico del que iba a ser importante pedagogo, y a la vez forjador del estudio académico de la historia del arte dentro del panorama español. Entre otras cosas, aparecen su pasión por la obra de El Greco y la fortuna de la difusión de su obra y figura, mediante el éxito inmediato de crítica que alcanzaría su estudio monográfico (y los intentos de traducción al inglés y al alemán, frustrados por la guerra civil); veremos sus logros con las lenguas; alguno de los avatares de creación del Museo Pedagógico, y en general, la ruta de un triunfo académico, que fue también un éxito social.

Si avanzamos leyendo, veremos cómo llegarían a cuajar los esfuerzos institucionistas por mejorar los dos niveles educativos básicos, la primaria y el bachillerato, encadenados en la percepción de Cossío sin ruptura, como era propio de la Institución (y de nuevo interesa mentar la visión de A. Castro, una de las más claras

al respecto, que incorporó también el nivel superior). Comprobaremos la constante sensación de inferioridad cultural que agobiaría a Cossío durante toda su vida –como a tantos otros, personas de talento e instrucción–, cuando comparaban la tierra de la que procedían, atrasada y empobrecida, frente a otros países de los que aprender. Así por ejemplo, al pisar Suecia, el 17 de agosto de 1909 desde Malmö-Lundt, rebosa admiración por el orden y la limpieza nórdicos: “*En el coche de tercera. Aquí no hay más que tercera para la mayoría de los viajes. ¡Bendito país! ¡Qué tercera! ¡Qué orden! ¡Qué limpieza! ¡Pero falta lo pintoresco! ¡Cómo armonizarlo todo! El único medio de mejorar en España sería no hacer más que tercera por lo menos en cien años*” (pp. 342-343). O desde Coblenza, pocos días después, salta la devoción por los recursos para el estudio con que cuentan los estudiantes, la cantidad de revistas científicas al acceso directo del lector, cómodamente: “*¡Quinientas revistas, no en la biblioteca sino en la sala académica de lectura, para estudiantes!*”.

No puede así extrañarnos su desánimo: “*Todo descorazona... ¡Cuándo tendremos esto allí!*” (26 agosto, p. 347). Quizá peor sea la angustia y la rabia que a veces siente Cossío ante males concretos, como cuando salió a la venta el cuadro “los Mercaderes”, de El Greco, que se guardaba en el convento de San José y que él luchó sin éxito por conservar dentro de España. (*La Purificación del Templo* o *Expulsión de Los Mercaderes* marchó en efecto a Washington, en cuya National Gallery se custodia). Se percibirá en esas cartas asimismo la común tensión psicológica del profesor ante el reto de la docencia, su temblor a la hora de impartir clases, en 1904 tras su “nombramiento excepcional” para enseñar pedagogía en el Museo. Cossío vacila, y dice creerse sin preparación suficiente para llevar a cabo esa tarea; piensa que, al menos durante mucho tiempo, las lecciones le van a costar enormemente.

Entre otras muchas cuestiones que nos deja ver esa múltiple forma de mirar que ofrece este recopilatorio, de variadas voces, destacaremos la crítica que una voz femenina –la mujer de Cossío, Carmen López-Cortón, sensible y culta– hace de la torpeza colonial española en el norte de África, cuando se dan los aciagos sucesos de Melilla. En las cartas cruzadas entre ambos, aflora muchas veces la lógica ternura conyugal y la complicidad de la pareja en sus mutuas ausencias, pero también la tensión del trabajo del varón y su centralidad (“culpa” de El Greco, aquí), y el deseo natural de la mujer de escapar a esa tensión buscando un espacio propio: “Yo, que no tengo *El Greco* que corregir, ¿por qué no tendré el tiempo que necesito para escribir y para leer...?”, le escribe Carmen al propio Manuel, desde la finca familiar en Galicia, el 24 de noviembre de 1913. La sensibilidad de Carmen López-Cortón es abierta y completa: “El campo me tiene tan interesada como el arte”, escribe desde Tarragona en abril de 1906, recorriendo Cataluña mientras Cossío ultima, obsesionado y sin poder cesar en la tarea, la edición de su libro. Ella había visitado en Barcelona la Sagrada Familia de Gaudí, y le comenta a Cossío: “Qué extraño..., pero qué talento debe tener el arquitecto”, y también: “Las casas modernistas todas me gustan”. Es nítido en las cartas su papel coadyuvante del marido en un reparto de papeles de género, convencional y atravesado por el cuidado y educación de las dos hijas (Natalia y Julia), pero cuidadoso en extremo del respeto mutuo. Y es transparente, en fin, la destrucción personal que sobreviene con la enfermedad.

Muchas más cosas podrían añadirse, como por ejemplo la desazón de un joven Lorenzo Luzuriaga que, interesándose de modo espontáneo por las teorías pedagógicas, obedece sin embargo dócilmente a Giner, que le desaconseja emplear el tiempo en ellas, y que sigue empeñado en que los pensionados hagan más y más visitas,

visitas de reconocimiento y exploración, siempre y ante todo. Elegirá entonces Luzuriaga visitar las escuelas rurales, aunque en 5 de marzo de 1909, a la hora de hacer la memoria para pedir la beca, confesará su desánimo ante el maestro (que es Cossío esta vez), y en una reproducción de los modelos de conducta convenidos, le pedirá consejo y orientación, llenando con sus dudas el espacio de una apretada tarjeta postal (pp. 657-658). La vida de Cossío aparecía por entonces plena de sentido.

En 1908, desde el veraneo de San Juan de Luz, en carta al amigo portugués Alexandre Rey Colaço, al que recuperaba mucho tiempo después de dejar atrás la juventud, daba Cossío cuenta resumida de su recorrido vital hasta ahí: *“A nuestro alrededor no deja de haber un plantel de muchachos, esperanza para la continuación de la vida. Don Francisco dice siempre que no valen lo que valíamos nosotros; pero estas son siempre las ilusiones de los viejos. Es siempre vida de lucha, de sacrificio, de abnegación, pero es vida, y para esto hemos ejercido y seguiremos ejerciendo un influjo social inmenso en el país. Esto no puede mantenerse sino a fuerza de prestigio social y verdadero. Los hombres que representan la Institución tienen que ser órganos superiores de la vida nacional en cualquier esfera, pero superiores. Y yo veo venirme encima, para dentro de pocos años, esta responsabilidad abrumadora.”* (p. 631).

Recorriendo estas páginas llenas de matices y de exhortaciones afectivas, teñidas de color de época y de informaciones variadas –las que tejen día a día las personas y sus actos de comunicación–, se asistirá al desenvolvimiento autorrepresentado de una experiencia muy principal, la de Cossío, y a fragmentos de algunas otras vidas en relación estrecha con la suya. En la primera de esas experiencias, la que rige el conjunto y le otorga sentido, hay mucho de la conciencia propia de esa elaboración intelectual que propiciaron la Institución, la Junta de Ampliación de Estudios y el Museo Pedagógico, una empresa que iba a ser entendida, con toda claridad, como un reto político y moral, extensamente público. Un reto al que no le faltaría en ningún caso el componente cultural en toda su extensión: apetito de alfabetización y gusto estético, de educación y elevación intelectual, aspiración de una extensión del cultivo personal al plano de lo social, mandato de responsabilidad ética y moral.

Covadonga López Alonso destaca aquí, en el amplio estudio introductorio, el valor objetivo que inviste a la edición de esta interesantísima correspondencia que comparte con Ana María Arias, diciendo que Manuel Bartolomé Cossío no fue solo “un individuo excepcional”, sino que “representa un patrimonio simbólico que marcó una época” (p. 119). Y es ciertamente mucho de esa época, y de quienes la hicieron memorable, lo que puede reconstruirse a partir de esa importante documentación de carácter personal.

Elena Hernández Sandoica  
Universidad Complutense  
elenahs@ucm.es